

Revista de Endocrinología y Nutrición

Volumen 11
Volume

Número 2
Number

Abril-Junio 2003
April-June

Artículo:

Doctor Eduardo Antonio Laviada
Arrigunaga

Derechos reservados, Copyright © 2003:
Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, AC

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)



Medigraphic.com



In memoriam

Doctor Eduardo Antonio Laviada Arrigunaga

Querido maestro, hombre íntegro y modesto, que vivió una vida plena como persona, médico y maestro universitario; que procuró siempre el bienestar de sus pacientes, de su familia y de la comunidad.

El Dr. Eduardo Antonio Laviada Arrigunaga nació en la ciudad de Mérida, Yucatán, el 4 de octubre de 1921. Hijo de don Antonio Laviada Arana y doña Fausta Arrigunaga Peón; cursó la carrera de medicina en la Universidad de Yucatán, donde se graduó en 1949 después de haber sido interno del Hospital O'Horán y haber realizado su servicio social en la localidad de Bécál, Campeche. Siempre se refirió a esta época como una de las más importantes para su formación profesional. De 1949 a 1951, junto con su hermano gemelo Francisco Antonio, realizó estudios de postgrado en España, en el Hospital Provincial de Madrid, donde obtuvo el título de doctor en Medicina.

Posteriormente, de 1951 a 1952, continuó sus estudios de postgrado en el Hospital Brüssais de París. Durante sus estudios de la especialidad de endocrinología en Madrid, trabajó bajo la dirección del profesor Gregorio Marañón su inolvidable maestro y en Francia, de los profesores Degennes y Deltour.

Regresó a México en 1953 para incorporarse de inmediato al Hospital O'Horán donde se dedicó al ejercicio profesional y a la enseñanza de la medicina interna y la endocrinología y en donde desempeñó sucesivamente los cargos de: Adjunto del Servicio de Medicina de Hombres; jefe del Servicio de Medicina de Mujeres; jefe del Servicio de Diabetología (del que fue fundador) y jefe de Enseñanza durante los 17 años comprendidos entre 1965 y 1982 en los que organizó la enseñanza de pregrado y luego la de postgrado que empezaba a formalizarse en ese entonces en nuestro hospital-escuela.

Se casó con la señora Noemí Molina Duarte; de ese matrimonio nacieron Noemí, Eduardo, Hugo Antonio, Jorge Antonio, Isolina, Alejandrina y Graciela, de los que continuamente hacía referencia, con orgullo y amor.

Maestro por vocación, se integró a la Facultad de Medicina en 1954 como profesor de fisiología y desde entonces realizó una labor docente, intensa y constante,

no sólo en las aulas y en el hospital, sino fuera de ellos, ilustrando con el ejemplo las cualidades que se esperan de un médico. La firmeza de sus principios combinada con su irrestricto respeto por la libertad y dignidad de los demás, unidos a su natural sentido de la justicia, así como su jovialidad y calidad humana, le granjearon la confianza, la admiración y el afecto de muchas generaciones de estudiantes de medicina en quienes supo despertar el interés por el estudio y el amor por la carrera.

A pesar de su intensa actividad profesional y docente, el doctor Laviada continuó sus estudios con entusiasmo, interés y disciplina, ya que consideraba que "detenerse es comenzar a temer el futuro". Para ilustrar su nivel de participación, basta recordar que a los congresos anuales de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, de la cual fue miembro fundador, sólo faltó en una ocasión por motivos de salud, desde el primero, en 1961, hasta el último, en 2002.

Sería demasiado extenso mencionar los numerosos cursos nacionales e internacionales de su especialidad y de docencia que tomó y en los que participó, así como las muchas reuniones y congresos científicos de los que formó parte como ponente, experto, coordinador o profesor.

En 1986, fue nombrado jefe de la Unidad de Postgrado e Investigación de la Facultad de Medicina de la Universidad de Yucatán, cargo que tuvo que abandonar en septiembre de 1991 por razones de salud. Sin embargo, continuó en la Facultad por varios años más, como maestro de endocrinología y de ética médica.

Como se señaló, fue miembro fundador de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología, que en 1985 le otorgó el Diploma al Mérito Académico y Científico, y luego, en 1990, le distinguió con la máxima presea otorgada por esta Sociedad, el Premio Nacional Salvador Zubirán. Curiosamente, ese mismo año su hermano gemelo Francisco Antonio también recibió el reconocimiento Nacional de la Asociación Mexicana de Gastroenterología. Fue Presidente Fundador del Capítulo Peninsular de la Sociedad Mexicana de Nutrición y Endocrinología de 1995 a 1997.

Fue también miembro titular del American College of Physicians, de la Academia Nacional de Medicina, de la Société de Médecine de París y de la Sociedad Médica Hispano-Mexicana. Fue socio fundador de la Sociedad de Historia y Filosofía de la Medicina y miembro fundador del Patronato de la Facultad de Medicina.

En el terreno de la investigación, el doctor Eduardo Laviada Arrigunaga realizó numerosos trabajos, particularmente en el área de la nutrición, el desarrollo, la diabetes y la endocrinología en general. En ellos, lo modesto de los recursos contrasta con lo interesante y lo importante de los resultados. Éstos constan en más de 50 publicaciones y artículos de revistas científicas nacionales e internacionales. En estos trabajos de investigación, siempre procuró la participación de los estudiantes de medicina y de médicos jóvenes, con el fin de iniciarlos en la investigación clínica, demostrándoles que las limitaciones de los recursos técnicos y económicos pueden suplirse con entusiasmo y deseos de trabajar. En el año 2000, recibió también junto con su hermano Francisco Antonio la Medalla Yucatán que otorga el Gobierno del Estado a través del Instituto de Cultura de Yucatán.

Hasta aquí he descrito su preparación y trayectoria personal y profesional, sin embargo, quiero relatarles mi experiencia como interna de pregrado, cuando tuve la fortuna de convivir y tenerlo como maestro. Me sentí admirada del contacto personal que establecía con sus pacientes, de la calidez y sensibilidad con la que los trataba, hablándoles en su lenguaje, utilizando términos tan comunes de nuestro pueblo como calhuix, chotnac, etc. lo que los hacía reírse y sentirse confiados y atendidos, elementos tan importantes en la relación médico-paciente y fundamentales para aliviar el dolor y el sufrimiento con sólo escucharlos, lo que muchos medicamentos farmacológicos no habían podido lograr.

Siempre presto a escuchar y a responder las preguntas de sus alumnos, lo hacía combinando los aspectos científicos de las enfermedades con las experiencias de su vida al lado de su madre, de su hermano, del hospital, de sus anécdotas, de sus viajes y de sus relaciones con su familia.

Fue tan fuerte la relación que establecimos con él y su hermano Francisco Antonio, que toda la generación — de manera unánime — los escogimos como padrinos de generación, y ellos nos obsequiaron como regalo el siguiente ideario que voy a permitirte compartir con ustedes:

Ideario de moral médica

Que ofrecen como presente los padrinos de la generación 1979-1980 de internos de pregrado del Hospital Escuela O'Horán

1. Fomentar nuestra espiritualidad y cultura.
2. Vivir con austeridad y con la dignidad que la condición humana exige.
3. Compensarse con satisfacciones y satisfactores siguiendo una estricta escala de valores.
4. Evitar caer en el mercantilismo, conservando los honorarios a un nivel justo, por debajo del nivel esperado.
5. Olvidar negocios demasiado productivos, que por lo general no son lícitos.
6. Hacer del hogar el motivo de todos nuestros esfuerzos, sacrificios y aspiraciones.
7. Cuidar la reputación para evitar las generalizaciones que siempre hacen daño a uno mismo y al gremio médico.
8. No olvidar la preparación científica con el estudio constante y la participación en cursos de actualización, congresos, mesas redondas, etcétera.
9. Luchar sin tregua contra la adversidad, la injusticia, la corrupción y el dogmatismo.
10. Trabajar sin descanso, con plena conciencia de que el trabajo dignifica al hombre y lo libera de muchas tentaciones.

Como colofón, mencionó la última parte del discurso dirigido a la generación:

“Tenemos fe en el futuro de la medicina y los jóvenes idealistas que han demostrado vocación de servicio y serán pronto nuestro relevo, y no olviden la consigna de cada vez ser mejor, para mejorar el mundo”.

Aunque su presencia física nos ha dejado, falleció el 10 de febrero de 2003, su filosofía de vida, sus cualidades y valores servirán de ejemplo y orientación a futuras generaciones de estudiantes y profesionales, y para los que tuvimos la suerte de contar con sus enseñanzas y amistad, nuestra gratitud por la labor realizada como persona, médico y maestro, en bien de la medicina, la enseñanza y de la humanidad; su memoria perdurará en la historia y tradición de nuestra Facultad de Medicina, en nuestra mente y en nuestro corazón.

Dra. Gloria Herrera Correa

Directora de la Facultad de Medicina
de la Universidad Autónoma de Yucatán